

distes aquella tierra para Leonoreta é que gela he dado.—Yo así lo diré, dijo la Reina, como lo mandais; é quiera Dios que sea por bien.»

Amadís se fué á su posada con mas enojo é malenconía que en su semblante mostraba, donde falló muchos é buenos caballeros, que siempre con él albergaban, é no quiso que cosa alguna de lo que con el Rey pasara se les dijese fasta que él hablase con su señora Oriana; é apartando á Durin, le mandó que dijese de su parte á Mabilia, su cohermana, cómo aquella noche le complia mucho de ver á Oriana, é que al caño antiguo de la huerta, por donde otras algunas veces había entrado, le esperasen. Con esto se tornó á aquellos caballeros, é comieron é holgaron así como los dias pasados solian hacer, é dijoles: «Señores, mucho vos ruego que mañana seais aquí juntos, porque vos tengo de hablar una cosa que mucho cumple.—Así se fará,» dijeron ellos. Pasado pues el dia, é venida la noche, despues de haber cenado é las gentes sosegadas, Amadís, tomando consigo á Gandalin, á la huerta se fué, y entrando por aquella mina ó caño, como algunas veces lo ficiera, llegó á la cámara de Oriana, su señora, que lo atendia con otro tan leal é verdadero amor como el que él consigo llevaba; así que, con muchos besos é abrazos fueron juntos, sin haber envidia á ningunos que verdaderamente en el mundo se amasen, considerando no haber en el suyo par. Acostados en su lecho, Oriana le preguntó por qué le enviara á decir que convenia mucho hablarla; é le dijo: «Por un caso muy extraño, segun mi pensamiento, que con vuestro padre nos ha acaecido á mí é á Agrájes, mi cohermano, é á don Galvanes.» Entonces gelo contó todo así como pasara, é cómo en el fin les dijera que asaz era el mundo grande; que andoviesen por él buscando quien mejor que él los conociese. «Mi señora, dijo Amadís, pues que á él así le place, así conviene á nosotros hacerlo; que de otra manera, toda aquella gloria é fama que con vuestra sabrosa membranza yo he ganado, se perderia, con grande menoscabo de mi honra, tanto, que en el mundo tan menguado ni tan aviltado caballero como yo no habria; porque vos pido, Señora, que no sea por vos mandada otra cosa; porque, así como seyendo mas vuestro que mio, así de la mengua mas parte vos alcanzaria lo que á todos, aunque oculto fuese, siendo á vos, mi señora, manifesto, siempre el ánimo vuestro en gran congoja seria puesto.» Oido por Oriana esto, como quiera que el corazón se le quebrase, esforzóse lo mas que pudo, é dijole: «Mi verdadero amigo, con muy poca razon os debéis quejar de mi padre porque no á él, mas á mí, por cuyo mandado á su corte venistes, habeis servido; é de mí habeis el galardón é habeis en cuanto yo viva, é si alguna culpa á mi padre imputar se puede, no es otra sino, que siéndole á él oculto hacer vos las cosas por mi mandado, creer en el su servicio ser hechas; y esto le obligaba á que respuesta tan desmesurada vos diese; é como quiera que vuestra partida sea para mí tan grave como si mi corazón en pedazos é piezas partido fuese, teniendo en mas la razon que la voluntad é amor desordenado que yo os tengo, pláceme que se haga como pedis; pues que, segun el gran señorío sobre vos tengo,

en mi mano será remediarlo como mas mi placer sea; é porque mi padre, perdiendo á vos, conozca que todo lo que le quedare será para él causa de gran mengua é soledad.» Amadís cuando esto oyó, besándole las manos muchas veces, le dijo: «Mi verdadera señora, aunque hasta aqui de vos haya recibido muchas é grandes mercedes, por donde mi triste corazón de la muerte á la vida tornado fué, esta por muy mayor contar se debe, segun la gran diferencia que los casos de honra sobre los de los deleites é placeres tienen.»

En esto y en otras cosas hablando, aquella noche pasaron, mezclando con el gran placer suyo muchas lágrimas, considerando la gran soledad que en lo porvenir esperaban; mas ya acercándose el dia, levantóse Amadís, acompañado de aquella su muy amada cohermana Mabilia é de la doncella de Denamarca, rogándolas muy afincadamente que á Oriana consolasen; y ellas llorando, habiéndogelo otorgado, dellas se partió; é yendo á su posada, todo lo que de la noche quedaba, é alguna parte del dia, ocupó en dormir; pero ya siendo tiempo, levantado de su lecho, todos aquellos caballeros que oyistes se vinieron á él, y desque hobieron oido misa, todos juntos en un campo á caballo, Amadís desta guisa les habló: «Notorio es á vos, mis buenos señores é honrados caballeros, si despues que yo del reino de Gaula en la gran Bretaña fui venido, é mis hermanos é amigos, por mi causa las cosas del rey Lisuarte en mas honra ó en mayor mengua ser puestas; é por esta causa excusado será traerlas en vuestras memorias; solamente creo que con mucha razon se os debe decir que así vosotros como yo debiéramos esperar justamente gran galardón; mas, ó porque la mudable fortuna, que las cosas trabuça é revuelve, usando de su acostumbrado oficio, ó por algunos malos consejeros, ó por ventura ser con la mayor edad la condicion del Rey mudada, mucho al contrario de nuestros pensamientos hallado lo hemos; que siendo por Agrájes é don Galvanes é por mí demandada en merced al Rey á Madasima con su tierra para que con don Galvanes casada fuese, quedando en su señorío é por su vasallo; no mirando el gran valor deste caballero é su muy alto linaje é los grandes servicios dél recibidos, no solamente no nos lo quiso otorgar, mas por él nos fué negado con respuesta tan desmesurada é tan deshonesto, que por haber salido de boca tan verdadera, de juicio tan discreto, empacho he grande que por mí lo sepais; mas, pues que excusar no se puede por ser la cosa en tales términos venida, sabréis, señores, que en la fin de nuestra habla, diciéndole nosotros ser por él mal conocidos nuestros servicios, nos dijo que el mundo era grande, é que andoviésemos por él á buscar quien mejor nos conociese. Así que, nos conviene que, como en la concordia é amistad obedientes le hemos sido, que así en la discordia y enemistad lo seamos, cumpliendo aquello que él por bien tiene que se haga; paréceme cosa justa que lo sopiédes, porque no solamente á nosotros en particular, mas á todos en general toca.» Cuando aquellos caballeros esto que Amadís dijo oyeron, mucho fueron maravillados, é unos con otros hablando, decian que muy mal sus pequeños servicios serian galardonados, cuando aquellos

grandes de Amadís é sus hermanos eran de tal forma en olvido puestos; así que, luego sus corazones fueron movidos para no servir mas al Rey, mas deservirle en cuanto podiesen. E Angriote de Estravaus, como aquel que del bien y del mal que á Amadís viniese entendia su parte haber, dijo: «Mis señores, yo há mucho tiempo que conozco al Rey, é siempre le vi muy asegado en todas sus cosas, é no se mover, salvo con gran causa é justa razon; así que, esto que con Amadís y estos caballeros le aconteció no puedo creer, ni en el pensamiento me caerá que de su condicion ni voluntad saliese; antes verdaderamente cuido que algunos mezcladores le han sacado de todo su saber é seso. Por tanto, no dejo de poner gran culpa á la bondad é gran virtud del Rey, é lo que yo verdaderamente pienso es, que habiendo yo visto estos dias pasados, mas que solia, hablar á Gandandel é Broecadan con él, é siendo falsos y engañosos, que olvidando á Dios é al mundo, pensando cobrar ellos é sus hijos aquello que sus malas obras no merecen, habrán causado este movimiento del Rey; é porque veades cómo la justicia de Dios se ejecuta, yo me quiero ir á armar luego, é decirles que son malos, envidiosos, é la gran traicion é falsedad que han hecho al Rey é á Amadís, é combatirme con ellos entrambos; é si su edad gelo excusare, que metan sendos hijos suyos conmigo solo, que sostengan las maldades de sus padres.» E queriéndose ir, Amadís lo detuvo é le dijo: «Mi buen amigo Angriote, no plega á Dios que el vuestro cuerpo bueno y leal sea puesto en aventura por lo que cierto no se sabe.» El le dijo: «Yo soy cierto que ello es así, segun lo que dellos mucho tiempo há conozco; é si la voluntad del Rey fuese decir la verdad, sé que él conmigo otorgaria.» E Amadís dijo: «Si á mí amais, no cureis esta vez dello, porque el Rey enojo no reciba, é si esos que decís, mostrándose tanto por mis amigos, enemigos me han sido, demás de se no poder encobrir, ellos habrán aquella pena que los falsos merecen, é cuando conocido é descubierto será, con mas razon é causa podeis contra ellos proceder, é creed que entonces no vos lo excusaré.» Angriote dijo: «Aunque contra mi voluntad sea, yo lo dejaré esta vez, pues que así vos place, mas para adelante quedará.»

Entonces Amadís, volviéndose á aquellos caballeros, les dijo: «Señores, yo me quiero despedir del Rey é de la Reina si me ver quisieren, é irme á la insola Firme, é á los que ploguiere que en uno vivamos, allí nos farán honra, demás del placer que ternemos, porque aquella tierra es muy viciosa, abundada de todas las cosas é de muchas cazas y hermosas mujeres, que son causa, do quiera que las haya, de hacer á los caballeros mas lozanos é orgullosos. E yo en ella tengo muchas y apreciadas joyas de gran valor, que para vuestras necesidades serán bastantes; allí nos vernán á ver muchos de aquellos que nos conocen é otros extraños, así hombres como mujeres, que nuestro socorro habrán menester, é allí tornaremos cada que nos ploguiere amparar y reparar á nuestros trabajos. Pues junto con esto, así en la vida del rey Perion, mi padre, como despues della, aquel reino de Gaula no nos faltará en la pequeña Bretaña, de que agora he las

cartas, como en sus dias me la dieron; esto todo por vuestro sin duda contar lo podeis. Pues tambien vos trayo á la memoria el reino de Escocia, que mi cohermano Agrájes habrá, y el de la reina Briolanja, que por mal ni por bien faltar no nos puede.—Eso podeis vos, señor Amadís, con mucha verdad decir, dijo un caballero que Tantiles se llamaba, mayordomo é gobernador de aquel reino de Sobradisa; que siempre á vuestro mandado será, con aquella hermosa reina que vos reinar fecistes.» Don Cuadrágante le dijo: «Agora, Señor, vos despedid del Rey, é allí parecerán los que vos aman é vuestra compañía quieren.—Así lo faré, dijo Amadís, y en mucho terné á los que á esta sazón me quisieren honrar; no por tanto digo que, quedando á su provecho, con el Rey lo dejen de hacer. Ciertamente yo creo que tan buen señor en gran parte no se fallaria.» A esta sazón el Rey pasaba cabalgando, é Gandandel, que lo aguardaba, é otros muchos caballeros, é an laba cazando con unos esmerejones, é así anduvo una pieza cabe ellos, é no los hablando ni mirando, se tornó á su palacio.

CAPITULO XX.

De cómo Amadís se despidió del rey Lisuarte, é con él otros diez caballeros, parientes é amigos de Amadís, los mejores é mas esforzados de toda la corte, é siguieron su via para la insola Firme, donde Briolanja probaba las aventuras de los firmes amadores é de la cámara defendida; é de cómo determinaron de librar del poder del Rey á Madasima é á sus doncellas.

Como Amadís vió el desamor que el Rey le mostraba, levandole consigo todos aquellos caballeros, se fué á despedir dél, é como por el palacio entró, y le vieron el continente mudado de como solia, é á tal hora que ya las mesas eran puestas, llegaron todos por oír lo que diria, y llegando ante el Rey, le dijo: «Señor, si vos en algo contra mí errais, Dios y vos lo sabeis; é por agora no diré mas; porque aunque mis servicios grandes fuesen, mucho mayor era la voluntad de pagar las honras que de vos he recibido. Ayer me dejistes que fuese á andar por el mundo, é buscarse quién mejor que vos me conociese; dando á entender que lo que mas os será agradable es ser yo fuera de vuestra corte, é pues esto es lo que á vos place, á mí conviene de lo hacer; é no me puedo despedir de vasallo, pues que lo nunca fui vuestro ni de otro ninguno, sino de Dios. Mas despido-me de aquel gran deseo que quanto vos plogo teniades de me hacer honra y merced, y del gran amor que yo de lo servir é pagar tenia.» Y luego se despidieron don Galvanes é Agrájes, é Florestan é Dragonis é Palomir, cohermanos de Amadís, é don Bruneo de Bonamar é Branfil, su hermano, é Angriote de Estravaus é Grindonan, su hermano, é Pineros, su sobrino; é don Cuadrágante pareció delante del Rey é dijole: «Señor, yo no quedé con vos sino por ruego de Amadís, queriendo y deseando haber su amor, pues que con razon verdadera se falló camino que el sentimiento que dél tenia fuese á mi honra apartado; y pues que por su causa fui vuestro, por ella mesma no lo seré de aquí adelante; que poca esperanza ternian mis pequeños servicios, cuando en los sus grandes fallece; que mal vos acordais de cuando vos sacó de las manos de Madanfubul, de donde otro ninguno os sacar podiera, y del venci-

miento que os hizo haber en la batalla del rey Cildadan, y de cuánta sangre él y sus hermanos é parientes allí perdieron, y cómo quitó á mí de vuestro estorbo é á Famongomadán é á Basagante, su hijo, que los mas fuertes gigantes del mundo eran, é tambien á Lindoraque, el hijo del gigante de la Montaña Defendida, que uno de los mejores caballeros era de cuantos yo sabia, é á Arcaus el encantador; y que todo esto se olvidase de vuestra memoria, habiendo mal galardón; pues si estos que digo contra vos en aquella batalla fuéramos, é no fuera Amadís de vuestra parte, mirad lo que dende vos pudiera venir.» Respondió el Rey: «Don Cuadragante, bien entiendo, segun vuestras palabras, que me no amais ni por mí pro lo decís, ni aun habeis con Amadís tal deudo por donde debais querer su pro ni su bien; mas decís aquello que por ventura no está tan firme en vuestro pensamiento como la palabra lo muestra.» Dijo don Cuadragante: «Vos diréis lo que os ploguiere, como gran señor que sois, mas cierto soy que no moveréis á Amadís con palabras de mezclamiento, así como se mueven otros, que al cabo conocerán el yerro; é si yo le fuere buen amigo é malo á Amadís, en poco estamos de lo mostrar.» E quitósele delante; é luego llegó Landin é díjole: «Señor, en vuestra casa no fallé yo ayuda ni reparo de mis llagas, sino en Amadís; é así, dejando de ser vuestro, con él é con mi tío don Cuadragante me quiero ir.» Y el Rey le respondió: «Ciertamente, yo pienso que en vos no nos quedaria buen amigo.—Señor, dijo él, cual ellos vos fueren, tal lo seré yo, pues que de su mandado no tengo de salir.»

A esta hora estabañ juntos á un cabo del palacio don Brian de Monjaste, caballero muy preciado, hijo del rey Ladasan de España, y de una hermana del rey Perion de Gaula, y Gandiel Urdandin, hijo del conde de Orlanda, é Grandóres é Madancil el de la Puente de la Plata, é Listoran de la Torre Blanca, y Ledaderin de Farque, é Transiles el orgulloso, é don Gavarte de Val Temeroso; é cuando así vieron que aquellos caballeros, por amor de Amadís, del Rey se habian despedido, fueron todos delante dél é dijéronle: «Señor, nos venimos á vuestra casa por ver á Amadís é sus hermanos é por ganar su amor; y pues esto fué la causa principal, así lo es para no estar mas en ella.» Despedidos estos caballeros, como oídes, y no quedando otro ninguno, Amadís se quisiera despedir de la Reina, mas al Rey no plogo, porque siempre ella habia sido muy contraria en esta discordia, mas envióse á despedir con don Grumedan. E saliendo del palacio, se fué á su posada, é todos aquellos caballeros con él, donde las mesas fallaron puestas, é en ellas fueron servidos de muchos y buenos manjares, é luego cabalgaron en sus caballos, armados de todas armas, que serian hasta quinientos caballeros, en que habia hijos de reyes y de condes y otros de gran guisa, así en linaje como en gran prez é bondad de armas; que por todo el mundo sus grandes fechos eran sabidos, é tomaron el camino derecho de la insola Firme para albergar aquella noche en una ribera á tres leguas de allí, donde ya, por mandado de Amadís, las tiendas eran armadas. Mabilia, que de una ventana del palacio de la Reina los miraba, é los vió ir tan apues-

tos, que como las armas eran frescas éricas, é con la claridad de sol, que en ellas feria, las facia muy resplandecientes, no habia persona que los viese que se no maravillase, é no tuviese por malaventurado al Rey, que tal caballero como Amadís de sí partir queria con aquellos que lo seguian, é fué á Oriana é díjole: «Señora, dejad esa tristeza, é mirad aquellos vuestros vasallos, é fuelque vuestro corazón en tener tal amigo, que si fasta aquí, sirviendo á vuestro padre, vida de caballero andante tuvo, agora fuera de su servicio, así como un gran príncipe poderoso se mostrará; lo cual, Señora, todo redundará en vuestra grandeza.» Oriana, muy consolada de aquellas palabras, los miraba, remediando con su gran cordura é discrecion aquella pasión é afición que de la voluntad é apetito atormentada era.

Salieron con Amadís, por le facer mucha honra, el rey Arban de Norgales é Grumedan, el amo de la Reina, é Bramdoibas é Quinorante é Giontes, sobrino del Rey, é Listoran el buen justador. Estos iban con él, apartados de la gente, é muy tristes por su apartamiento del Rey. E Amadís les iba rogando que le fuesen amigos en aquello que sin cargo de sus honras serlo podiesen; que é siempre los ternia en el grado y estima en que fasta allí los habia tenido; y que aunque el Rey lo desamase, no teniendo en ello justa causa, que lo no ficiesen ellos, ni por eso dejasen de le servir é honrar como tan buen rey lo merecia. Ellos le dijeron que lo nunca desamarían por ninguna cosa; que aunque al Rey sirviesen con la lealtad que obligados eran, nunca sus corazones se partirian de lo amar. Amadís les dijo: «Ruégoo, señores, que digais al Rey que agora parece claro lo que Urganda delante dél me dijo, y del señorío que para otro ganase no habria galardón sino de saña y de alongamiento de mi voluntad, así como agora me avino en ganar la insola de Mongaza para el su señorío, por donde, contra toda razon, fué su voluntad movida, sin gelo merecer, contra mí, como veis; y que estas tales cosas muchas veces aquel justo Juez las remedia, dando á cada uno su derecho.» Don Grumedan dijo que lo diria todo al Rey, como lo él mandaba, y que maldita fuese Urganda, que tan verdadera habia salido; é con esto se tornaron á la villa; é luego llegó á él don Guilan el cuidador, é llorando le dijo: «Señor, vos sabeis bien mi hacienda; que de mí ni de mi corazón puedo facer nada, é conviene que siga la voluntad ajena de aquella por quien yo soy en mortales angustias é dolores puesto; de la cual en esta vez me es defendido que con vos no vaya donde soy puesto en gran vergüenza, que agora quisiera pagar aquellas grandes honras que de vos y de vuestros hermanos siempre recibí, mas no puedo.» Amadís, que los grandes y demasiados amores deste caballero sabia, é como él amaba á su señora Oriana é la tenia, lo abrazó riendo é le dijo: «Don Guilan, el mi grande amigo, no plega á Dios que tan buen hombre y tan entendido como vos errádes á vuestra señora ni pasádes su mandado; ni tal consejo os daria, que no seria vuestro amigo; antes que la servais é cumplais su voluntad é la del Rey, vuestro señor; que bien cierto soy que guardando vuestra lealtad, donde quiera que seais vos terné por amigo, como lo siempre tuve.—Agora, Señor, dijo don Guilan, vaya como fuere; que yo

fió en Dios que siempre habréis mi servicio.» Estonces se despidió dél, é Amadís é su compañía se fueron aquella noche á la ribera de la mar, donde tenian sus tiendas, é todos andaban alegres y se esforzaban unos á otros, y que Dios les faria merced en ser partidos del Rey, que en tan poco sus servicios tenia; y que mejor fuera saber temprano aquel engaño que no habiendo despendido mas tiempo en su compañía; pero el corazón de Amadís, aunque en las otras cosas todas muy esforzado fuese, en este apartamiento de su señora muy enflaquecido era, no sabiendo ni pensando cuándo ver la podiese.

Así pasaron aquella noche, muy viciosos de todo lo que menester hobieron, é otro dia de mañana cabalgaron, é fueron su camino derecho de la insola Firme. E otro dia que Amadís é sus compañeros se partieron, el Rey, despues de haber oido misa, asentóse en su palacio, como lo habia de costumbre, é miró á un cabo é á otro, é como se vió tan menguado de aquellos caballeros que allí solian estar, membróse de cuán arrebatadamente se moviera contra Amadís, é vinole un tan gran pensamiento, en manera que en otra cosa ninguna paraba mientes; é Gandandel é Brocadan, que ya sabian lo que Angriote dellos dijera, é al Rey vieron de tal forma, fueron muy espantados, creyendo que el Rey no se fallaba bien del su consejo que contra Amadís le habian dado. Pero veyendo que ya no era tiempo de se dello retraer, quisieron seguir por su mal propósito adelante; que esta mala dolencia han los grandes yerro; é acordaron de ir á remediar que aquellos caballeros no tornasen al Rey si no ellos muertos eran; é luego se fueron á él juntos, é díjole Gandandel: «Señor, de hoy mas podeis folgar y descansar, pues que habeis apartado de vuestro servicio aquellos que dañar lo podieran; de lo que á Dios debeis dar muchas gracias, é del hecho de vuestra tierra é casa nos vos descarguemos con mayor cuidado que de lo nuestro propio; ca, Señor, cuando parádes mientes en el haber que á aquellos dábades, que libre vos queda, mucho vuestro ánimo folgará.» El Rey los miró de mal semblante é díjoles: «Mucho me maravillo de lo que decís, que yo deje en vos mi tierra é mi casa, que yo con todos los que en ello pongo no es remedio para ello, é vosotros, en quien no veo tanta discrecion, pensais de lo complir; é puesto caso que para ello bastádes, no se ternian por contentos mis vasallos é los de mi casa de ser gobernados por vuestra autoridad; é desto que me decís, de me quedar aquel grande haber que á aquellos caballeros daba, querria saber en qué lo podria yo mejor emplear que en honra y servicio fuese; porque ningún haber es bien empleado sino en el poder é valia de los hombres; que si de mi mano é poder salia lo que aquellos llevaban, mi honra era con ello guardada y el mi señorío acrecentado, y en la fin todo á mi mano se tornaba; así que, el haber que es empleado donde debe, aquel yace en buen tesoro, donde nunca se pierde; y en esto no quiero que me fableis, porque no tomaré vuestro consejo.» Y levantándose de entre ellos, é mandando llamar los cazadores, se fué al campo, y ellos quedaron de aquella respuesta muy espantados, veyendo que ya el Rey miraba en el mal consejo que le dieran.

A esta sazón llegó una doncella de la reina Briolanja, que venia con su mandado á Oriana para le facer saber lo que le aconteciera en la insola Firme, con la cual hobieron todas mucho placer, porque aquella reina era dellas muy amada; y entonces dijo á Oriana: «Señora, yo soy venida á vos de parte de Briolanja para vos decir las maravillas que en la insola Firme falló, é quiso que por mí, que las vi, todas fuédes dello sabidoras.—Dios le dé mucha vida, dijo Oriana, é á vos buena ventura por el afán que tomastes.» Estonces llegaron todas por ver lo que diria. E la doncella dijo: «Señora, sabed que Briolanja llegó con toda su compañía, como fué de aquí, á aquella insola, donde estovo cinco dias, é luego le fué preguntado si probaria la cámara ó el arco del amor, y ella dijo que aquellas dos pruebas queria dejar para la postre; y leváronla luego á una legua del castillo á unas muy hermosas casas, que por ser asentadas en muy abundoso é vicioso lugar, eran unas de las nombradas é principales moradas de Apolidon; é desde la hora de comer vino, lleváronnos á una grande é muy hermosa sala, labrada á maravilla, é á un cabo della estaba una gran cueva muy fonda é muy oscura, é tan pavorosa de mirar, que ninguno se osaba llegar á ella; é al otro cabo de aquel gran palacio estaba una muy hermosa torre, que desde las finiestras della se pueden ver todas las cosas que en aquella sala se facen; é allí nos hicieron subir todas, donde fallamos cabe las finiestras puestas las mesas é los estrados, é allí fué la Reina é nosotras muy bien servidas de muy diversos manjares y de dueñas é doncellas muy atendidas; y debajo, en el palacio que oistes, comian los caballeros é la otra gente nuestra, y eran servidos de los caballeros de la tierra; é cuando les posieron delante el segundo manjar oyeron silbos muy grandes en la cueva y salia fumo caliente, é no tardó mucho que salió una gran serpiente, é púsose en medio del palacio con tanta braveza é tan espantosa, que no habia persona que la mirar osase; é lanzaba por la boca é las narices gran fumo, y feria con la gola tan fuerte, que todo el palacio facia estremecer; é luego en pos della salieron de la cueva dos leones muy grandes, é comenzaron entre sí una batalla tan brava é tan esquiva, que no hay corazón de hombre que se no espantase.

Estonces los caballeros é la otra gente, dejando las mesas, salieron del palacio con la mayor priesa que podian; é aunque las finiestras donde Briolanja é nosotras mirábamos eran muy altas, ni por eso dejamos de tener gran miedo y espanto. La batalla duró media hora, y en cabo los leones fueron tan cansados, que se tendieron en el suelo como muertos, é la serpiente tan cansada y tan lisa, que apenas el huelgo podia en sí coger; pero desde que una pieza descansó, tomó el uno de los leones en la boca y levólo á la cueva, é tornando por el otro, los lanzó dentro, y ella se echó en pos dellos. Así que, en todo el dia no parecieron mas, é los hombres de la insola reian mucho de nuestro espanto, é haciéndonos ciertos que por aquel dia no habria mas, tornamos á las mesas é acabamos nuestra comida. Así pasamos aquel dia, é á la noche en buen albergue, é otro dia lleváronnos á otro lugar mas sabroso que aquel, donde con mucho placer é abasto de las cosas que menester ha-

biamos pasamos aquel día; é cuando fué hora de dormir lleváronnos á una cámara rica y hermosa á maravilla, donde había una cama de ricos y preciados paños para Briolanja, é otros asaz buenos para nosotras; y desde echadas fuimos, é pasada la media noche, que muy sosegadas é dormidas estábamos, abriéronse las puertas con tan gran sonido, que con gran espanto fuimos despiertas, é vimos entrar un ciervo por la puerta con candelas encendidas en los cuernos, que toda la cámara alumbraba como si de día fuese, é la meitad dél había tan blanca como la nieve, y el pescuezo é la cabeza tan negro como la pez, y el un cuerno semejaba dorado y el otro bermejo, y en pos dél venían cuatro perros de la semejanza dél; y cada uno dellos le aquejaba mucho; así que, le traían acosado, y en pos dellos venía un cuerno de marfil con unas vergas de oro, é tañase de suyo, andando en el aire como si en mano de alguno andoviese, é facia proprio son de montería, é con él los canes se alegraban; así que, al ciervo no le dejaban asegar é lo facían fuir á una é á otra parte por la cámara, é saltaba por cima de nuestras camas, que las facia estremecer, é á las veces tropezaba en ellas é caía, é nosotras, levantadas en camisas y en cabellos, fuyendo delante del ciervo, é algunas se median debajo de los lechos; mas los canes no dejaban de lo seguir cuanto mas podían, é cuando el ciervo vió que no había guarida en la cámara, salióse por una ventana corriendo cuanto mas podía, é los canes tras él; de que muy alegres fuimos. E tomando de aquella ropa que revuelta por allí estaba, con que nos cubriésemos, dimos á Briolanja, que muy cuitada estaba, un sayo, que se vistió; é pasado aquel miedo, tovimos muy gran risa de aquella revuelta en que nos vimos; y estando aderezando nuestros lechos, entró por la puerta una dueña, é dos doncellas con ella, é una niña pequeña que le traía candelas delante, é dijo á Briolanja: Señora, ¿qué habeis habido, que á tal hora estáis levantada? Ella le dijo: Amiga, una tal revuelta, que no sería poco de la contar. La dueña se rió mucho é dijo: Pues, Señora, acostáos é dormid; que por esta noche no habrá mas de que os temer. Con esta seguridad aderezamos los lechos, é dormimos lo que de la noche quedó, é otro día de gran mañana movimos de allí, é fuimos á un bosque donde había muy grandes pinares y hermosas huertas, é posamos en tiendas ribera de una agua, é allí fallamos una casa redonda sobre doce postes de mármol con una cobertura extrañamente fecha; por entre los postes se cierra con llaves de cristal muy sutilmente, en manera que el que dentro está puede ver todos los de fuera; y tenía unas puertas labradas de fojas de oro y de plata, de grande y extraño valor á maravilla, é cabe cada poste por de dentro de la casa estaba una imagen de cobre, fecha á la semejanza de gigante, é tienen arcos muy fuertes en sus manos, é saetas en ellos, con fierros de fuego tan ardientes é tan vivos como si del fuego saliesen; é dicen que no hay cosa ninguna que allí entre, que con las fuerzas de aquellas saetas y del su fuego que luego no sea fecha ceniza; porque las imágenes tiran luego con los arcos; así que, no yerran ningun tiro, y delante Briolanja é nosotras metieron allí dos gamos é un ciervo, é luego

las saetas fueron en ellos metidas, é tornadas á los arcos, quedaron las animalías hechas ceniza. Y en las puertas de aquel palacio había letras escritas, que decían: «Ningun hombre ni mujer no sea osado de entrar en esta casa, si no fueren aquel é aquella que tanto é tan lealmente tienen su amor como Grimanesa é Apolidon, quien este encantamiento hizo, é conviene que entren juntos la vez primera; que si cada uno por sí lo ficie-re, será perecido de la mas cruel muerte que se nunca vió; y este encantamiento é todos los otros durarán fasta tanto que venga aquel é aquella que por su gran lealtad de sus amores é gran bondad de armas del caballero en la hermosa cámara encantada entrarán, é ende fuelguen en uno, é cuando el ayuntamiento de ambos fuere acabado, entonces serán desfechos todos los encantamientos desta insola Firme.»

«Allí estovimos aquel día, é Briolanja mandó llamar á Isanjo é á Enil, é díjoles que ya no querían ver mas, salvo lo del arco del amor é la cámara defendida; é preguntó á Isanjo qué cosa era aquello de la sierpe y de los leones é lo del ciervo é canes. Señora, dijo él, no sabemos mas sino que cada día salen aquella hora que vistes, é han su batalla de aquella forma, y del ciervo y de los canes vos digo que todas las noches vienen á aquella cámara aquella hora que vistes, é tórnanse á ir por la ventana, é los canes en pos dél, é vanse á meter todos en un lago que es cerca de aquí, que creemos que de la mar sale; é no sé, Señora, mas que vos diga, sino que en un año no podríades acabar de ver las grandes maravillas que en esta insola son. Pues venida la mañana, cabalgamos en nuestros palafrenes, é tornamos al castillo; é luego Briolanja se fué al arco de los leales amadores, y entró por los padrones defendidos, como aquella que nunca errara en sus amores sin entrelado alguno; é la imagen hizo con la trompa muy dulce son, tanto, que á todos nos hizo desmayar; é tanto que Briolanja fué dentro donde las imágenes de Apolidon é Grimanesa estaban, el son cesó con una muy dulce dejada, que maravilla era de la oír; é allí vió aquellas imágenes tan hermosas é tan frescas como si vivas fuesen. Así que, estando ella sola, mucho acompañada con ellas se fallaba; é luego vió en el jaspero escritas letras frescas, que decían: «Este es el nombre de Briolanja, la hija de Tagadan, rey de Sobradisa; esta es la tercera doncella que aquí entró.» E luego acordó de se salir fuera, con miedo de se ver sola y que ninguno de su compañía allá entrar podía; é salida de allí, se fué á su posada, é al quinto día fué á probar la cámara defendida, é iba vestida muy ricamente á maravilla, é no llevaba sobre sus hermosos cabellos sino un prendedero de oro muy hermoso y de piedras muy preciadas; é todos los que allí la vieron decían que si ella no entrase en la cámara, que en el mundo no había otra que lo acabase; y que de aquella vez habrían fin todos aquellos encantamientos; y ella se encomendó á Dios, y entró por el sitio defendido, é pasó por el padron de cobre y llegó al de mármol, é leyó las letras que en él estaban escritas, é pasó adelante tanto, que todos pensaron que acabado era; y llegando á tres pasadas de la puerta de la cámara, tomáronla tres manos por los sus cabellos hermosos y preciados, é sacáronla del campo muy

sin piedad, así como á las otras lo hicieron fuera del logar defendido, y quedó tan mal trecha, que no la podíamos acordar.»

Oriana, que el corazón tenía desmayado é triste de lo que ante oía, tornó muy alegre, é miró á Mabilia é á la doncella de Denamarca, y ellas á ella, que les mucho placía; é la doncella dijo: «Aquel día, Señora, estovimos allí, é otro día se partió Briolanja para su reino.» E desde las nuevas fueron así contadas, partióse la doncella para su señora, y levóse el mandado de la reina Brisená y de Oriana y de las otras dueñas é doncellas.

Amadís é sus compañeros, que partieron de la corte del rey Lisuarte, como habédes oído, llegaron á la insola Firme, donde con mucho placer é alegría recibidos fueron de todos los moradores della; porque, así como con gran tristeza aquel su nuevo señor habían perdido, así en lo haber cobrado con doblado placer sus ánimos fueron. E cuando aquellos caballeros que con él iban vieron el castillo, que tan fuerte era, y qué la insola otra entrada no tenía sino por él, seyendo tan grande y de tierra tan abastada é tan sabrosa, segun oído habían, é poblada de tanta é tan buena gente, decían que bastante era para dar guerra desde allí á todos los del mundo; é luego fueron aposentados en la mayor villa, que debajo del castillo era. E sabed que en esta insola había nueve leguas en luengo é siete en ancho, é toda era poblada de logares y de otras ricas moradas de caballeros de la tierra. E Apolidon hizo en los mas sabrosos logares cuatro moradas para sí, las mas extrañas é viciosas que hombre podría ver. E la una era la de la Sierpe é de los Leones, é la otra la del Ciervo é de los Canes, é la tercera, que llamaban el Palacio tornante, que era una casa que tres veces al día é otras tres en la noche se volvía tan recio, que los que en ella estaban pensaban que se fundían. La cuarta se llamaba del Toro, porque salía cada día un toro muy bravo de un caño antiguo, y entraba entre la gente como que los quisiese matar, é fuyendo todos ante él, quebraba con sus fuertes cuernos una puerta de hierro de una torre, é entrábase dentro; mas á poco rato salía muy manso, é un jimio viejo sobre él, tan arrugado, que los cueros le colgaban de cada parte; é dándole con un azote, le facia tornar á entrar por el caño donde salido había. Mucho placer y deleite habían todos aquellos caballeros en mirar estos encantamientos é otros muchos que Apolidon ficiera por amor de dar placer á Grimanesa, su amiga; así que, siempre tenían en qué pasar tiempo, y todos estaban muy firmes en el amor de Amadís para lo seguir en todo lo que su voluntad fuese. Pues á esta sazón que ois llegó allí el ermitaño Andalod, el que en la Peña Pobre habitaba al tiempo que Amadís allí estovo; el cual vino á dar orden en el monesterio que oistes, é cuando así vió á Amadís, dió muchas gracias á Dios por haber dado á tan buen hombre la vida; é mirábalo é abrazábalo como si nunca lo viera; é Amadís le besaba las manos, gradeciéndole con mucha humildad la salud é la vida que por Dios é por él hobiera; é luego fué fundado un monesterio al pié de la peña, en aquella ermita de la Virgen María, donde Amadís, muy desesperado de la su vida, con gran dolor de su ánima por la carta que

su señora Oriana le envió, hizo la oración y se fué á perder, como ya se os dijo; en el cual quedó un hombre bueno, que Andalod trajo, Sisian llamado, é treinta frailes con él; é Amadís les mandó dar tanta renta con que abastadamente vivir podiesen, é Andalod se tornó á la Peña Pobre, como de ante.

Estonces llegó allí Balais de Carsante, aquel que Amadís sacara de la prision de Arcalaus, que se fué á despedir del rey Lisuarte cuando sopo que Amadís se iba dél descontento; é tambien vino con él Olivas, aquel á quien Agrájes é don Galvanes ayudaron en la batalla del duque de Bristoya, y preguntaron á Balais por nuevas de casa del rey Lisuarte y él dijo: «Asaz hay que dellas se puedan contar.» Estonces les dijo: «Sabed, señores, que el rey Lisuarte ha enviado á mandar que toda su gente sea luego con él; porque el conde Latine é aquellos que envió á tomar la insola de Mongaza le hicieron saber que el Gigante viejo les diera todos los castillos que tenía en poder él é sus hijos, mas que Gromadaza no quiere dar el Lago Ferviente, que es el mas fuerte castillo que hay en toda la insola, é otros tres castillos muy fuertes, é sabed que ha dicho Gromadaza que nunca en los días de su vida desamparará aquello donde fué ya con su marido Famongomadan é Basagante, su hijo; y que antes morirá que los entregue, y que siempre della recibirá muchos enojos; que de su hija Madasima y de sus doncellas que haga lo que por bien toviere; que ella poco daria por ellas ni por su vida, solamente que algun pesar le pueda hacer; por donde digo que así se puede tomar por ejemplo cuán riguroso é cuán fuerte es el corazón airado de la mujer, queriendo salir de aquellas cosas convenientes para que engendada fué; que, como su natural no lo alcanza, forzado es que el poco conocimiento poco en lo que cumple pueda proveer; é si alguna al contrario desto se falla, es por gran gracia del muy alto Señor en quien todo el poder es, que sin ningun entrelado las cosas puede guiar donde mas le pluguiere, forzando é contrariando todas las cosas de natura.» Despues que Balais les contó estas nuevas, preguntáronle qué dijera el Rey, ó qué queria hacer; y él les dijo: «Junta todo su poder, así como ya vos conté, é juró que si los castillos que Gromadaza tenía no había fasta un mes, que faría descabezar á Madasima é á sus doncellas, y que luego iría sobre el Lago Ferviente, y dél no se alzaría fasta lo tomar; y que si á la Giganta vieja á su poder hobiese, que la faría echar á sus muy bravos leones.» Oidas por ellos estas nuevas, gran enojo hobieron, é hicieron aposentar aquellos caballeros, y ellos hablaron mucho en aquello; mas don Galvanes, á quien no le olvidaba la promesa hecha por él á Madasima, é las grandes angustias é dolores de que su corazón por sus amores atormentado era, díjoles: «Buenos señores, todos sabeis bien cómo la causa principal por qué Amadís é nosotros nos partimos del Rey fué por lo de Madasima é por mí, é yo lo ruego mucho á vosotros todos que me seais ayudadores á que quitar pueda la palabra que allá le dejé, que fué de la defender con derecha razón; é si la razón no me valiese, de la defender por armas; lo cual con ayuda de Dios y de vosotros pienso yo muy bien hacer.»

Don Florestan se levantó en pié, é dijo: «Señor don Galvanes, otros están aquí mas entendidos y de mejor consejo que yo, los cuales para defender á Madasima teneis, é si por razon defenderse puede, esto seria lo mejor. Mas si la batalla necesaria es, yo la tomaré en el nombre de Dios, para la defender é adelantar vuestra palabra.— Buen amigo, dijo don Galvanes, yo os lo agradezco cuanto puedo, porque bien dais á entender que me sois leal amigo, mas si por armas se hobiere de librar, á mi conviene que lo mantenga; que yo lo prometí é yo lo pasaré.— Buenos señores, dijo don Brian de Monjaste, ambos decis muy bien; pero todos habemos parte en este fecho, porque lo que á Amadis acaeció con el Rey, fué darnos á entender á nosotros en lo que éramos tenidos; é lo que á él é á vos, señor don Galvanes, acaeció, así podiera avenir á cada uno de los que allí éramos; é si mas sobre este fecho no tornásemos, gran mengua á todos alcanzaria, aunque la causa principal de Amadis sea; que, pues juntos salimos é así estamos, lo de cada uno de nos de todos es; así que, en esto no hay cosa partida; y dejando aparte lo nuestro, Madasima es una doncella de las buenas del mundo, y es en aventura de la vida perder, é sus doncellas asimesmo; é como lo principal de la órden de caballería sea socorrer á las semejantes, dígovos que yo punaré que con razon sean defendidas; é cuando esta faltare, será por armas cuanto mis fuerzas bastaren para ello.» Don Cuadragante dijo: «Cierto, don Brian, vos lo decis como hombre de tan alto lugar, é así creo yo que muy mejor lo faréis; que este negocio á todos atañe, y en tal manera lo debemos tomar, que nos tengan por hombres de gran recaudo; é sea luego sin mas tardanza, porque muchas veces acaesce con la dilacion prestar poco la buena voluntad, pues que la obra en efeto venir no puede en tiempo que aprovechar pueda; y acuérdeseos, señores, cómo aquellas doncellas están mezquinas, desamparadas, y que no por su voluntad fueron en aquella prision metidas, sino por aquella obediencia que Madasima á su madre debia; así que, aunque en lo del mundo algo del Rey contra ellas tenga, en lo de Dios no ninguna cosa; pues que mas por fuerza que por su querer se condenaron.» Amadis dijo: «Mucho me place, señores, en oír lo que decis, porque las cosas con amor é concordia miradas, no se debe esperar sino buena salida; é si así vuestros fuertes y bravos corazones en lo porvenir, como en este presente, lo tienen, no solamente el remedio de aquellas doncellas tengo yo en mucho, mas pasar á otras tan grandes cosas, que ningunos en el mundo iguales vos podiesen ser; y pues que todos estáis en este socorro, si vos ploguiere, diré yo mi parecer de aquel que facer se debe.» Todos le rogaron que lo dijese. Entonces él dijo: «Las doncellas son doce; yo ternia por bien que por doce caballeros de vosotros sean socorridas por razon é por armas, cada uno la suya; así juntos en uno, si ser podiere, ó repartidos, como la necesidad se ofrezca; é bien cierto soy que todos los que aquí estáis, segun vuestro gran esfuerzo, tomaríades esta afrenta por vicio é placer; mas ser no puede, pues que mas de doce no pueden ser, y estos quiero yo nombrar, quedando los otros é yo para las cosas

de mayor peligro que ocurrir nos puedan.» Entonces dijo: «Vos, señor don Galvanes, seréis el primero, pues que el negocio principalmente vuestro es, é Agrájes, vuestro sobrino, é mi hermano don Florestan, é mis cohermanos Palomir é Dragonis, é don Brian de Monjaste, é Nicoran de la Torre Blanca, é Orlandin, hijo del conde de Irlanda, é Gavarte de Val Temeroso, é Imosil, hermano del duque de Borgoña, é Madancil de la Puente de la Plata, é Ledaderin de Fajarque; estos doce tengo por bien que á esto wayan, porque entre ellos van hijos de reyes y de reinas y de duques y condes de tan alto linaje, que allá no pueden fallar ningunos que les par sean.» E á todos plogo mucho desto que Amadis dijo, é los nombrados se fueron luego á sus posadas para enderezar las cosas convenientes á la partida, que otro dia de gran mañana habia de ser; é aquella noche albergaron todos en la posada de Agrájes, é á la media noche fueron armados é á caballo puestos en el camino de Tasilana, la villa donde el rey Lisuarte estaba.

CAPITULO XXI.

Cómo Oriana se falló en gran cuita por la despedida de Amadis y de los otros caballeros, é mas de fallarse preñada, y de cómo doce de los caballeros que con Amadis en la insola Firme estaban vinieron á defender á Madasima é á las otras doncellas que con ella estaban, puestas en condicion de muerte, sin haber justa razon por qué morir debiesen.

Contado se vos ha cómo Amadis estuvo con su señora Oriana en el castilo de Miraflores sobre espacio de ocho dias, segun parece: que de aquel ayuntamiento Oriana preñada fué, lo cual nunca por ella sentido fué, como persona que de aquel menester poco sabia, fasta que ya la gran mudanza de su salud é flaqueza de su persona gelo manifestaron; é como lo entendió, sacó aparte á Mabilia é á la doncella de Denamarca, é llorando de los sus ojos, les dijo: «¡Ay mis grandes amigas! ¿qué será de mí, que, segun veo, la mi muerte me es llegada, de lo cual yo siempre me recelé?» Ellas, pensando que por la partida de su amigo é la soledad del lo decia, consoláronla, como fasta allí lo habian fecho. Mas ella dijo: «Otro mal junto con ese me ha sobrevenido, que nos pone en mayor fortuna é mayor peligro; y esto es que verdaderamente soy preñada.» Entonces les dijo las señales por donde lo debian creer; así que, conocieron ser verdad su sospecha, de que muy espantadas fueron, aunque gelo no dieron á entender, é dijole Mabilia: «Señora, no vos espanteis, que á todo habrá buen remedio, é siempre me tove por dicho que de tales juegos habríades tal ganancia.» Oriana, aunque habia gran cuita, no pudo estar que de gana no riese, é dijo: «Mis amigas, menester es que desde agora hayamos el consejo para nos remediar, é será bien que luego me faga mas doliente é flaca, é me aparte lo mas que ser podiere de la compañía de todas, salvo de vosotras; así cuando viniere la necesidad, remediarse ha con menos sospecha.— Así se faga, dijeron ellas; é Dios lo enderece, é desde agora sepamos qué se fará de la criatura cuando naciere.— Yo os lo diré, dijo Oriana: Que la doncella de Denamarca, si le ploguiere, como reparadora de mis angustias é dolores, querrá poner su honra en menoscabo, porque la mía con la

vida remediada sea.— Señora, dijo ella, no tengo yo vida ni honra mas de cuanto vuestra voluntad fuere; por ende mandad, que cumplirse ha fasta la muerte.— Mi buena amiga, dijo ella, tal esperanza tengo yo en vos, é la honra que agora por mí aventurádes yo la faré cobrar, si vivo, con mucha mayor parte.» La doncella fincó los hinojos é le besó las manos. Oriana le dijo: «Pues, mi buena amiga, faréis así: id algunas veces á ver á Adalasta, la abadesa del mi monesterio de Miraflores, como que á otras cosas vais, é cuando el tiempo de mi parir fuere llegado, iréis á ella é decirle heis cómo sois preñada, é rogale que, demás de vos tener secreto, ponga remedio en lo que naciere; lo cual vos haréis echar á la puerta de la iglesia, y que lo mande criar como cosa de por Dios, é yo sé que lo hará, porque mucho vos ama; y desta manera será lo mio encubierto, y en lo vuestro no se aventura mucho, pues que no será sabido, salvo por aquella honrada dueña, que lo guardará.— Así se fará, dijo la doncella, é muy buen acuerdo habeis tomado.»

Esto queda agora fasta su tiempo, é digamos del rey Lisuarte; cómo supo que la gigante Grimadaza no le queria entregar el Lago Ferviente é los otros castillos que ya dejamos, mandó á sí traer á Madasima é sus doncellas, por consejo de Gandandel é Brocadan; é venidas en su presencia, dijoles: «Madasima, ya sabeis cómo entrastes en mi prision por pleito que si vuestra madre no me entregase la insola de Mongaza con el Lago Ferviente é los otros castillos, que vos é vuestras doncellas fuésedes descabezadas. E agora, segun he sabido de las gentes que yo allá tengo, hame faltado de lo que me prometió; é pues que así es, quiero que vuestra muerte é destas doncellas sea en ejemplo é castigo para los otros que conmigo contrataren, que me no osen mentir.» Oído esto por Madasima, la su gran fermosura é viva color fué en amarillez tornada, y hincó los hinojos ante el Rey é dijo: «Señor, el miedo de la muerte face mi corazon muy mas flaco que yo, como tierna doncella, naturalmente tenia; así que, no me quedatdo sentido alguno, no sabe la lengua qué responde; é si en esta corte hay algun caballero que manteniendo derecho, por mí hable, considerando ser puesta en esta prision contra toda mi voluntad, fará aquello que es obligado, segun la órden de caballería, de responder por aquellas que en semejantes cosas se hallan; é si no lo hobiere, vos, Señor, que á dueña ni doncella que atribulada fuese nunca fallacistes, mandadme oír á derecho, é no venza la ira é la saña á la razon, que como rey debeis mirar.» Gandandel, que muy aquejado estaba en su voluntad porque moriese, pensando con aquello encender la enemistad mas de lo que estaba entre el rey Lisuarte é Amadis, dijo: «Señor, en ninguna manera no deben ser estas doncellas oidas; pues que sin otra condicion alguna, salvo si aquella tierra no vos fuese entregada, á la muerte se condenaron, é por esto se debe luego, sin mas en ello dar dilacion alguna, la justicia ejecutar.»

Don Grumedan, amo de la Reina, que era un muy leal caballero é gran sabidor en todas las cosas de honra, como aquel que con las armas por obra lo experimentara, é con su sutil ingenio muchas veces lo leyera, dijo:

LC.

«Eso no fará el Rey, si á Dios ploguiere, ni tal crueza ni desmesura por él pasará; que esta doncella, mas costreñida por la obediencia debida á su madre que por su voluntad, fué en esta demanda puesta; é así como en lo oculto aquella humildad de Dios gradecida le será, así en lo público el Rey, como su ministro, siguiendo sus dotrinas, lo debe facer; cuanto mas que yo he sabido cómo en estos tres dias serán aquí algunos caballeros de la insola Firme, que vienen á razonar por ellas; é si vos, don Gandandel ó vuestros hijos, quisierdes mantener la razon que aquí dejistes, entre ellos fallaréis quien os responda.» Gandandel le dijo: «Don Grumedan, si vos me quereis mal, nunca os lo merecí yo; é si á mis hijos habeis así afrentado, bien sabeis vos que son tales que mantendrán como caballeros todo lo que yo dijere.— Cerca estamos de lo ver, dijo don Grumedan, é á vos no os quiero yo mas mal ni bien de como viere que al Rey aconsejais.» El Rey, como quiera que mucho contra toda razon á Amadis errara, y en su pensamiento toviese de le enojar en las cosas que le tocasen, no pudo tanto, que aquella nueva pasion que á la vieja é antigua virtud suya tenia pudiese vencer; é como oyó lo que don Grumedan dijo, plógole dello, é preguntóle cuáles eran los caballeros que venian por delibrar las doncellas, é él gelos contó todos por nombre. «Asaz hay ende, dijo el Rey, de buenos caballeros y entendidos.» Cuando Gandandel los oyó nombrar, mucho fué espantado é muy arrepentido por lo que de sus hijos dijera, que bien veía él que la bondad dellos no igualaba con gran parte á la de don Florestan é Agrájes é Brian de Monjaste é Gavarte de Val Temeroso. Y tanto que el Rey mandó tornar á Madasima é á sus doncellas á la prision, él se fué á Brocadan, su cuñado, con gran angustia de su corazon, porque las cosas le venian mucho al contrario de lo que al comienzo pensara, recibiendo el galardón que los méritos de la maldad merecen. Aquí acaeció lo que el Evangelio dice: «No haber cosa oculta que sabida no sea;» que este Gandandel se fué con Brocadan á su casa, en lugar apartado, para haber consejo sobre la venida de los caballeros de la insola Firme, como ante que llegasen trabajasen con el Rey cómo ficiesen matar á Madasima é á sus doncellas.

Pues allí estando Brocadan culpando mucho á Gandandel el mal que á Amadis ficiera en lo mezclar con el Rey sin que gelo mereciese, é todas las otras cosas que en aquella mala negociacion habian pasado, é mostrando gran cuita é pesar del mal consejo que tomaron, temiendo alcanzar presto la ira de Dios y del Rey, perdiendo sus honras é hijos, por cuya causa lo comenzarán, acaeció que una sobrina deste Brocadan, siendo enamorada de un caballero mancebo, que Sarquíles se llamaba, sobrino de Angriote de Estravaus, que teniéndolo encerrado en un destajo junto con aquella cámara donde ellos solos é apartados habian su consejo, oyó todo cuanto fablaban é sopo todos sus malos secretos, de que muy maravillado fué; y desque ellos se fueron, é la noche venida, salió de allí é armándose de todas sus armas en una casa fuerte de la villa, donde las dejara, cabalgó en su caballo en la mañana, como que de otra parte viniese, é fué al palacio del Rey, é fa-